

ABBY

El viajero a través del tiempo se empezó a sentir mareado, no lo iba a conseguir. Hubo una descarga eléctrica. Algunas piezas de la máquina se habían estropeado, le llevaría meses arreglarlas. De repente, volvió a revivirlo todo: la sala de cirugía, las heridas, el experimento, el instituto... Sacó de su bolsillo el pequeño frasco con pastillas tranquilizantes y se tomó más de la cuenta con un largo sorbo de agua. Horas después se encontró desmayado en el suelo. Había estado durmiendo varias horas. No debía hacer eso, le iba a perjudicar hasta tal punto de que vagaría por las calles por gastarse todo su dinero en ese trasto.

Había sido hacía seis años, martes 17 de diciembre de 2002. El profesor de ciencias del instituto había tomado una muestra de su sangre, experimentó combinaciones mortales con ácidos y sustancias restringidas. ¿Por qué ella? Siempre sacaba buenas notas. Ese profesor le tenía un aprecio particular, pero nunca le dio importancia. Miraba el reloj viendo cada minuto pasar. Cada vez era peor, la comida se enfriaba, tomaba cada día más pastillas. Hasta el punto de que la comida se había vuelto completamente fría. Cogió la chaqueta y condujo lo más rápido posible hasta el instituto. No había nadie, la limpiadora ya se había marchado y el conserje no trabajaba ese día. Fue ahí cuando la vio. Aquella luz en esa habitación en el cuarto piso era familiar. Sin dudarle un minuto, rompió con el puño el cristal del extintor del patio y, con la sangre brotando de sus nudillos, rompió la puerta para entrar. Corrió con todas sus fuerzas y en contra del efecto de las pastillas, hasta llegar a la puerta. "LABORATORIO". Esta fue la última palabra que vio antes de que su mundo dejase de tener sentido. Había muchas advertencias y ropa obligatoria que se necesitaba para poder entrar en aquel lugar. No hizo nada, abrió lentamente la puerta, con el sudor frío en la frente y el miedo pudiendo con él. Entonces la vio, aquella horrible imagen. No era ya un humano. Respiraba, pero no estaba viva. Tenía la piel pálida y los ojos ensangrentados abiertos de par en par. Su mirada representaba horror, tristeza y arrepentimiento.

Señales de tráfico, coches pitando... Ignoraba todo. Estaba lleno de sangre, con el cuerpo de su hija en la parte de detrás del coche. Salió a toda velocidad con ella en brazos para la entrada del hospital. Pidió desesperadamente un médico.

Horas después, seguía en la sala de espera. Salió un cirujano con su bata cubierta por un líquido rojo, más oscuro de lo normal. Empezó a llorar, a gritar y se frustró tanto... La había perdido. Nunca había sido un buen padre para ella. Fue en aquel momento cuando juró detener con sus propias manos al causante de la muerte de su hija. Costase lo que costase.

Actualmente sigue con esa idea en la mente. Seis años después, con el pelo lleno de canas y una enorme barba, se encuentra fabricando una máquina para poder volver a aquel día y poder evitar la muerte de su hija. El remordimiento le atormentaba. Tomaba pastillas hasta desmayarse. Aquel día lo consiguió. Su hija cruzó el portal de la máquina. En su cara había un mar de lágrimas y la abrazó hasta no poder más. En ese momento, escuchó las sirenas de patrullas de policía en la puerta de su casa. Horas después se despertó con aquella luz molestándole en los ojos. La misma que había visto ese día. Se encontraba en la camilla de un hospital, pero con su hija tomada de la mano. Se durmió con una sonrisa. Sin embargo, en lugar de su hija, había otra persona: su esposa. Su hija había muerto hacía seis años en un accidente del laboratorio y su padre había chocado el coche cuando iba lo más rápido posible a por ella. Había llevado un gran golpe en la cabeza y había perdido la memoria. A pesar de todo, un nombre que le vino a la cabeza, el de su hija.

Se despertó y comenzó a gritar. Su mujer llamó a los médicos. Ahora se encuentra en un hospital psiquiátrico, desesperado y repitiendo siempre ese nombre:

-Abby.